

GLORIA CANDIOTI

HOLA GUILLERMO



Quipu

GLORIA CANDIOTI

HOLA GUILLE



Quipu

Índice de contenido

[Hola Guille](#)

[Portada](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Biografía](#)

[Legales](#)

[Sobre el trabajo editorial](#)

[Contratapa](#)

GLORIA CANDIOTI

HOLA GUILLÉ

Quipu

COLECCIÓN **ZONA LÍMITE**

CAPÍTULO 1

Guille llegó silencioso del colegio. Se encerró en su cuarto como hacía siempre que quería estar solo. Si lo que sucedía se le presentaba difícil, Guille necesitaba pensar para entender.

Su habitación está al final del pasillo del departamento. Se escabulló de su mamá que, a esa hora, solía preparar el almuerzo en la cocina. Entró, tiró la mochila, puso Emanero en el celular, se acomodó los auriculares y se tiró en la cama. Escuchar a su rapero favorito lo ayudaba a reflexionar. Él también componía raps. Había descubierto esa música a los trece años y había comenzado a escribir sus propios raps hacía poco. Lo ayudaban a pensar y decir lo que le pasaba. "Son malos todavía", se decía. "Alguna vez los voy a cantar en un concurso". Nadie sabía que era "cantautor", ni siquiera Paula.

Esa mañana, Paula había estado insoportable. Había aceptado no decir que estaban "saliendo" como él le había pedido, pero todo el tiempo quería tenerlo cerca, no le sacaba los ojos de encima. Después de la pelea en la calle entre Paula y sus compañeras, sus compañeros la habían recibido con una guerra declarada en las miradas. Ninguno le habló y Guille tuvo que llenar ese vacío que se cortaba con navaja.

—¿Guille, volviste del cole? -gritó Josefina desde la cocina.

Josefina, la mamá de Guille, era maestra en una escuela pública. Hacía dos turnos: mañana y tarde. El almuerzo en

su casa era sagrado. El único momento en el que podía compartir con su hijo. Por la noche, llegaba tarde y cenaba con su marido pasadas las diez de la noche.

—Ya voy, ma.

Se sentaron a comer. Josefina siempre quería saber y su hijo era un chico de contar, decía ella orgullosa. Pero esta vez, Guille no tenía ganas de volver a escuchar lo que su madre pensaba de Paula. Se había enterado de todo el asunto de las redes y no tenía ganas de sus comentarios.

—¿Volvió Paula? Era hoy, ¿no?

—Sí, vino.

—¿Y?

—Bien, nada.

Su mamá lo miró con ganas de más. Guille comía esquivando sus preguntas. Josefina sabía que Paula era su amiga, pero él no quiso comentarle que se gustaban mucho, que tenían “algo” aunque no eran novios. Josefina afirmaría todo el tiempo que no era una chica para él, que se merecía algo mejor, y que con todas las chicas lindas que hay en el cole justo se había enganchado con la más superficial, que lo iba a hacer sufrir. Y más, y más... Guille estaba cansado de escuchar.

—Bueno, nada, estuvimos juntos porque los chicos no le hablan y ella estaba nerviosa.

—Si empieza a hacer de las suyas...

—BASTA, mamá. No empieces.

Josefina paró su insistencia. Guille no le contaría más y no quería arruinar el momento. El almuerzo siguió con

comentarios sobre las materias, los partidos de fútbol y los planes que tenían para irse una semana en las vacaciones de invierno a visitar a los abuelos en Mar del Plata.

—Si papá consigue que le den los días —comentó Josefina—. Me tengo que ir, Guille. Nos vemos a la noche. ¿Qué hacés a la tarde?

—Tengo que estudiar.

Josefina le dio un beso y salió apurada. Tendría que tomar un taxi otra vez.

Ya solo en el departamento, Guille recordaba con fastidio las semanas que habían pasado desde que Paula le había pedido ir a ese maldito desfile al que él no había ido. Sabía que no se iba a sentir cómodo y además sus amigos lo habían presionado para que no faltara al entrenamiento. Después vinieron las discusiones con Paula, los líos en las redes, las peleas entre las chicas. Finalmente, Paula se había enojado con él porque ayudó a parar una de esas peleas en la calle.

Esa mañana, Paula había vuelto de la suspensión. Marina y las otras chicas aseguraban que iban a obedecer las reglas del colegio, sin embargo, no querían a Paula cerca y menos tener que hablarle. Por el momento, el clima tranquilo era un hilo tenso que se podía romper con una mínima ráfaga de bronca. Y él pasó el recreo tironeado entre Paula y sus amigos.

Guille, tirado en su cama y con los raps en el auricular, pensaba. Comenzó a escribir algunos versos.

Mis amigos quieren de mí

*que sea el mejor jugador.
Paulita espera de mí
que sea el novio genial.
Que sos buenazo y gil,
que sos muy bueno, gil.
Mis padres esperan de mí
que sea alumno mejor.
Mis profes esperan de mí
que sea siempre de mil.
Que sos muy bueno, gil,
que sos muy bueno, gil.
Y yo estoy atrapado,
atrapado no quiero ser mil.
Que sos muy bueno, gil,
que sos muy bueno, gil.*

Siguió un rato garabateando esa letra que, como otras que tenía comenzadas, consideraba mediocre. Y esta encima parecía un tango de esos que escuchaba su viejo. Soñaba alguna vez poder cantar como René y Eduardo de *Calle 13* o *Emanero*.

La tarde se le fue en raps y tareas que completar. No entró a las redes, por las dudas. Si había algún comentario desagradable, prefería no enterarse.

Sonó el *WhatsApp*, era Paula. Le clavó el visto. Fingió quedarse dormido, como si ella lo pudiera ver. “Soy un tarado”, se dijo. Pero en ese momento no tenía ganas de contestar. Ya había sido bastante lo de la mañana.

CAPÍTULO 2

La tarde anterior a la vuelta de Paula al colegio, Guille había estado en su casa desde temprano. La había puesto al tanto de las tareas y evaluaciones que se había perdido. Paula tenía esa pose de superada que Guille ya conocía. Ella mostraba estar rebien, aunque por dentro estuviera a punto de estallar. Paula tenía que cuidarse de armar algún lío nuevo. Y si Guille estaba cerca, ninguna de esas se animaría a meterse.

—No te preocupes por mañana —le dijo Guille mientras estudiaban.

—Yo estoy bien. Dale, Guille terminemos con esto que estoy embolada.

Paula y Guille se gustaron desde el primer día del Secundario. Se hicieron amigos inseparables. Guille trataba de que ella estudiara y la bancaba en el colegio. Aunque a veces no la soportaba: sobre todo desde que se había puesto densa con el tema de ser modelo. Paula ya no tenía amigas en el colegio, se había peleado con Marina y las otras por un chico. Además, se había enfocado en ser modelo, usaba su energía y tiempo en gimnasios, cursos y en esa agencia que le había prometido ser una *top model*. Guille siempre la ayudaba a estudiar. Ahora, en las tardes de los días de suspensión: él iba para que no se atrasara.

Entre trabajos prácticos y resúmenes, se besaron por primera vez. Ella lo hacía con una dulzura que recorría el cuerpo de Guille. Desde que él se había animado a responder a las caricias y avances de su amiga, Paula decía

que “salían”.

Esa tarde, ella estaba especialmente cariñosa y audaz.

—Vamos despacio, Pau -le decía Guille temblando.

—Te gustan mis besos -dijo Paula.

Le tomó la cara y le dio un beso suave en los labios.

Guille tenía su opinión con respecto a estar con una chica o ponerse de novio. No quería apurarse, no se consideraba maduro para afrontar una relación más comprometida. Él era un chico de ideas firmes.

Aunque Adriana quería que se quedara a cenar, él se fue temprano. Necesitaba alejarse, la tarde había sido intensa y estaba mareado. Cuando Paula lo asfixiaba con sus pretensiones, necesitaba la distancia y el tiempo para pensar cómo iba a seguir con ella que lo enamoraba y al mismo tiempo lo asustaba.

A la mañana siguiente, Guille entró al colegio directo a su clase, aunque había prometido a Paula encontrarse en la puerta. No quería entrar con ella, quería pasar más desapercibido.

Paula llegó y se sentó en su banco de siempre. Guille sintió las miradas de los compañeros sobre los dos y le transpiraron las manos.

La clase de Matemáticas empezó. La profesora indicó ejercicios para hacer. Paula inició una serie de mensajes.



En el recreo, charlaban, incómodos, con algunos que se acercaban por curiosidad. Los amigos de Guille lo llamaron para jugar a la pelota en el patio. Tuvo que bancarse los gestos y las burlas de sus voces y caras.

Mientras, Marina, Javier, Lorena, Paloma y Mara pasaban por delante. Mara era la única del grupo que no se reía. Paula les daba vuelta la cara. El odio se respiraba.

—Vamos a caminar por el patio —propuso Paula.

—Andá vos, yo me quedo por acá.

—Me prometiste que no ibas a dejarme sola —lo miró con bronca—. Mejor entro.

Guille no tenía ganas de discutir. Se acercó a sus amigos que lo cargaron.

La mañana se hizo interminable. A la salida, las chicas esperaban a Paula en la vereda. Aunque no se metieron con ella, le hicieron sentir que la guerra no había terminado.

Paula caminó rápido y Guille la siguió. Cuando perdieron a sus compañeros, Paula le increpó que la había dejado sola, que podría haber estado más con ella y que él no entendía

por lo que estaba pasando.

—Estamos saliendo, tenés que estar conmigo.

Él no le respondió. Las palabras de Paula le resonaron exageradas. Era inútil explicarle en ese momento. Siguieron en silencio y apenas si se despidieron en la puerta de la casa de Paula.

Guille pensó que ese asunto con las chicas, en vez de mejorar con el lío que se armó con la pelea, había empeorado. Y que él ya estaba harto de quedar en el medio.

CAPÍTULO 3

Con los días, el clima hostil se había aplacado. El tiempo y las normas claras ayudaban a calmar las aguas según los profesores. Todos sabían que la tregua dependía de que las chicas dejaran sus broncas en otro lado. Y eso parecía que estaba ocurriendo.

Una tarde, Guille acompañó a Paula a anotarse en un gimnasio. Ella no quería engordar lo que había bajado con el entrenamiento en la agencia y buscaba clases o un entrenador que le copara. Averiguaron en seis. Paula no se decidía por ninguno. Con mucha paciencia, la esperaba en la puerta o se sentaba en la vereda a escuchar música y practicar con las manos el ritmo del rap.

Después de que finalmente Paula se inscribiera en uno, fueron al shopping. Se sentaron a tomar una gaseosa antes de seguir camino. Esa tarde tenían que estudiar en lo de la abuela Moni porque los padres de Paula no estaban. A Guille le gustaba ir a lo de Moni. Era una señora muy agradable.

—Tengo que ir a buscar unos zapatos que dejé señados ayer. Después vamos.

—¿Otro negocio? Ya estoy mareado de tantas vueltas. Tenemos exámenes. Mejor dejalo para mañana.

—No me vas a decir cuándo necesito mis cosas. Si querés sigo sola.

—Está bien, le prometí a Adriana que iba a estar con vos toda la tarde, apurate.

Paula protestó por el apuro, Guille se calzó los auriculares. Ella no pensaba apurarse, tampoco tenía ganas

de estudiar. Tomaba lentamente la gaseosa y mandaba mensajes por el celu. En un momento, levantó la vista, y vio en una mesa cercana a Ezequiel. Cuando Paula lo interceptó con la mirada, Ezequiel bajó la vista.

Ese compañero no se relacionaba con el resto de la clase desde que había llegado el año anterior. Se sentaba al fondo del aula. Y era un mirón, según las chicas del curso. Era flaco, desgarrado y si no hubiera sido por su forma de mirar que fastidiaba, nadie se hubiera dado cuenta ni de que existía. En el lío que se había armado con Paula y las chicas, Ezequiel no se había metido. Era reservado y callado. Algunos hicieron intentos de acercarse, pero el interés se desvaneció.

—Ese pibe no pone voluntad –decían.

Lo que les incomodaba de su presencia introvertida, eran esos ojos oscuros clavados en los compañeros. “¡Qué mirás, loco!”, le gritaban. Ezequiel bajaba la cabeza y se refugiaba en su celular.

—Apurate, Pau. Dale vamos. Me voy, chau –Guille la sobresaltó.

—Me ponés mucha presión, Guille, no funciona así yo.

—En la agencia funcionabas bien.

—¿Qué te pasa? No quiero hablar de eso.

Guille se encogió de hombros y bajó por la escalera mecánica. Paula corría detrás. Apenas había tenido tiempo de recoger su mochila y los paquetes.

En la casa de Moni tomaron mate con torta. Paula apenas comió. Más tarde, la abuela le dijo que no siguiera con eso

de comer poco, que ya no iba a ser modelo.

—Está todo bien, abu. No me gustan los rollitos, me cuido.

Mientras estudiaban, Guille se desconcentraba demasiado. Él mismo se notaba raro desde que Paula había vuelto al colegio. Había momentos en que no la soportaba y en otros estar con ella lo relajaba y lo ponía contento. Paula, se daba cuenta y no decía nada. Prefería que las cosas siguieran así de calmadas, no soportaría estar sola en el colegio. Hasta Florencia, que antes la bancaba en el aula y en los pasillos del colegio, se había alejado desde el lío en las redes y se había armado otro grupo.

Mientras la abuela Moni les preparaba la merienda en la cocina, Paula se puso más cerca de Guille y le dio un beso en la mejilla. Él apenas sonrió y siguió con los ejercicios de Física. Le pasó la mano por el pelo, Guille no hizo nada. Volvió a intentar una caricia. Pero él la paró en seco.

—Estamos estudiando, Pau, hacé los ejercicios que tenemos que entregar mañana.

—Bueno, perdón, no quería distraer al estudioso -dijo irónica.

—No empecés, Paula, si no querés estudiar, me voy y listo.

—Dale, Guille, andate. Con ese humor no te banco.

Guille la miró con tristeza, no quería que estuvieran enojados. Pero él no se bancaba a Paula cuando se irritaba y ya no tenía la misma paciencia de antes. Cargó la mochila con sus libros y se fue.

Paula se quedó sentada llorando. Otra vez había arruinado la tarde. Se sentía de lo peor. Fue a buscar a Moni, necesitaba charlar con su abuela.

